

El criterio de «fertilidad teórica» y su aplicación a las teorías sobre el Estado arcaico

Manuel Gándara Vázquez*

Resumen: una teoría típicamente se origina como un intento de responder a una pregunta o conjunto de preguntas. En el caso de las teorías sobre el «origen del Estado», estas preguntas suelen remitir a aspectos de causalidad y formas y peculiaridades de su desarrollo social. En principio, resolver estas preguntas se consideraría favorable a la teoría, si bien pueden llevar a problemáticas que ya no son parte de la «situación problemática» inicial. Se introducen las ideas de «desplazamiento de explanandum» y «fertilidad teórica» para intentar determinar cuándo es legítimo alargar o modificar la cadena de preguntas explicativas y utilizar dichas preguntas como criterio de evaluación. Estos criterios se aplican en el análisis de la teoría de Sanders, Parsons y Santley.

Abstract: the author states that theories typically originate as an attempt to answer a set of related questions. In the case of the theories concerning the origins of the State, these questions normally relate to the causality and regional peculiarities of its formation process. In this respect, the criteria of «theoretical fertility» considers the aspect of explanatory changes in the research process and applies these criteria to the analysis of the theories of Sanders, Parsons, and Santley.

¿ Para qué queremos teorías? Aunque sin duda hay más de una contestación correcta a esta pregunta, entre las posibles respuestas están seguramente las siguientes:

a) Para contestar a las preguntas importantes, para entender al mundo y nuestro papel en él.

b) Para, mediante la explicación, poder afectar el estado de cosas, particularmente en el campo de lo social, en el que este estado de cosas es uno de injusticia; para transformarlo con algún «conocimiento de causa», en el sentido más literal, es decir, al comprender los principios que lo rigen y poder operarlos a favor de un cambio hacia una situación más justa.

c) Para con ello evitar lo que pudiera llamarse el «recurso a la ontología»: el simplemente proponer que no hay nada que explicar, o que la explicación debe detenerse porque «así son las cosas». En el ámbito de lo social, este recurso a la ontología («así es la realidad y ni modo»), no es otra cosa que la naturalización de la injusticia. Por ejemplo, ante la pregunta «¿por qué hay clases sociales?», contestar que no hay nada que explicar dado que «así es el hombre», equivale a proponer que tampoco hay nada que hacer al respecto: intentar hacerlo iría contra el estado natural («la ontología») de las cosas sociales.

Todas las teorías se inician con preguntas. Las más típicas (y quizá las más productivas) son las preguntas de tipo «por qué», dado que apuntan precisamente a explicaciones causales. Pero pueden ser también del tipo «cómo», en las que se precisan a veces los propios «mecanismos causales», es decir, la forma en que las causas producen los efectos que nos interesa explicar. En cualquier caso, las preguntas con las que inician las teorías son siempre indicativas de una situación de insatisfacción o, al menos, de curiosidad intelectual. Y esto es así porque, si meditamos un momento, notaremos que, en principio, las cosas que observamos pudieron haber sido diferentes. De ahí que el problema es explicar «por qué son como son». Y para ello necesitamos teorías.

El problema del «origen del Estado»

Un ejemplo de esta situación es el caso del problema llamado «el origen del Estado», problema que, por cierto, nosotros proponemos que debería ser más bien el del origen de las clases sociales, de acuerdo al menos con la tradición marxista.¹ Tampoco nos interesa determinar los «orígenes» en términos de cronología o de lugar primigenio, sino responder al conjunto de preguntas que constituyen lo que podemos llamar la «situación problemática» inicial de la teoría (en inglés, *problem situation*).² Y aunque, de nuevo, seguramente autores diferentes harían énfasis diferentes sobre dicha situación, muchos coincidirían en que entre las preguntas que constituyen esta problemática inicial están cuando menos las siguientes:

— ¿Por qué aparecen las sociedades de clase en el momento que lo hacen y no antes o después?

Cuando se pone en perspectiva histórica, éste es un momento relativamente corto, que va entre aproximadamente 3,500 años antes de Cristo a 500

¹ Felipe Bate, «Hipótesis sobre la sociedad clasista inicial», en *Boletín de Antropología Americana*, número 9, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 1984.

² Lawrence Laudan, *Progress and its Problems*, University of California Press, Berkeley, 1978.

después. Y es corto comparado con cuatro millones de años como género humano, y varias decenas de miles de años (dependiendo del autor) como especie *sapiens sapiens*. Cuando lo pensamos bien, no hay nada «natural» en que el Estado haya aparecido en un rango temporal tan reducido, ya que pudo haber aparecido antes, o bien no haber aparecido nunca. Lo cierto es que no siempre lo hubo, o al menos la hipótesis más viable es que de los cuatro millones de años de historia humana, solamente en los últimos cinco mil han existido las clases sociales.³

— ¿Por qué sólo aparecen en un número limitado (seis) de casos y regiones y no de manera universal?

Los casos que generalmente se citan son, en orden de aparición, Sumeria, Egipto, India, China, Mesoamérica y la región Andina, es decir, las llamadas «civilizaciones antiguas» o «altas culturas originales».⁴ Es interesante observar cómo se distribuyen estos casos en una franja geográfica que no va mucho más allá de los trópicos de Capricornio y de Cáncer, que ninguno es subpolar o completamente ecuatorial, y que en todos los casos se trata de sociedades agrícolas. Aunque ha habido intentos de extraer consecuencias de determinismo ambiental al respecto, lo cierto es que no en todo el mundo surgieron sociedades clasistas, y que incluso en el momento de la expansión colonial, a partir del siglo xvi de nuestra era, Occidente se maravilló de la cantidad de sociedades que no tenían gobiernos formales institucionalizados

³ Agradezco al grupo de arqueología social de Cataluña (y en particular a Vicens, comunicación personal, Huelva, 1995), el hacerme ver que el que no hubiera clases sociales antes no necesariamente hace de las sociedades anteriores sociedades «igualitarias». Este término, de uso común en la tradición neoevolucionista norteamericana y que nosotros hemos empleado con frecuencia, esconde en efecto que pudieron haber existido otras desigualdades o formas de asimetría social antes de la aparición de las clases, como son la dominación de las mujeres, los niños y los ancianos por parte de los hombres adultos. A esta lista yo quizá añadiría la dominación de las orientaciones de género heterosexuales a cualquier otra alternativa. Entonces, cuando se utiliza el término «sociedad igualitaria» se corre el riesgo de pretender que esas desigualdades no hayan existido. Por otro lado, el riesgo inverso es proponer que por ser desigualdades, de inmediato y automáticamente se convierten en desigualdades de clase, en cuyo caso lo que indirectamente se propone es que las clases han existido siempre, son inherentes a la naturaleza humana y por lo mismo son «naturales». Evidentemente, ni los colegas catalanes ni quien esto escribe propondríamos semejante idea.

⁴ Existe un debate entre los expertos sobre cuáles son los mejores ejemplos dentro de cada una de estas regiones de lo que podríamos llamar las «sociedades estatales arcaicas». En México, por ejemplo, se discute si la sociedad de clases estaba ya presente en Oaxaca antes que en la cuenca de México, alrededor de 300 a. C., o si Cuicuilco es un antecedente más antiguo, quizá remontándose a 500 a. C. Hay quienes quisieran ver el origen del Estado aún antes, en la cultura olmeca nuclear, es decir, la de la costa del Golfo. Para nuestros propósitos no es indispensable resolver estas polémicas, dado que lo interesante es que sigue siendo una región reducida, aun en México, y nadie propone que la sociedad de clases surgió en Aridoamérica, por ejemplo, o en la sierra de Michoacán.

(esto es, Estados). Para nosotros esta es una característica importante, precisamente porque incide en el problema del recurso a la ontología: si las clases sociales son «naturales» e inherentes a la sociedad, entonces se esperaría que hubieran surgido sociedades estatales en todo el mundo, cosa que, hasta donde se sabe, no sucedió.

O podemos preguntarnos, a la inversa, por qué el número de casos no fue más reducido o, al extremo, por qué tuvo que darse y no simplemente considerar «natural» que no se diera. Sólo cuando nos preguntamos así las cosas podemos combatir la ontologización: el contestar a esa pregunta diciendo que «pues, así es la vida»; o bien, en la variante que fuera popular dentro del marxismo durante cierto tiempo, «hay que estudiar las especificidades concretas en su singularidad especial de cada caso particular antes de generalizar nada»; o sea, si se me permite traducir, «...honestamente..., todavía... no sabemos».

– ¿Qué factores, variables o conjunto de variables causaron la aparición de las clases sociales? ¿En qué condiciones operaron estas variables para determinar que se diera el proceso y determinaron la velocidad a la que se dio? (Típicamente, por ejemplo, ¿qué tuvo que ver alguna variable x en el proceso, o qué tuvieron que ver la redistribución, el crecimiento demográfico, la irrigación, etcétera, en el proceso?).

Evidentemente, esta pregunta asume que existen respuestas posibles; que podremos, con suficiente esfuerzo, ingenio y datos relevantes, identificar las variables responsables de la aparición de las clases y las condiciones en que dichas variables operaron. Parece haber consenso en el hecho de que difícilmente será una sola variable la responsable del proceso, o al menos de que no operó de manera uniforme en condiciones diferentes. De ahí el interés, desde la década de los setenta, sobre las llamadas «explicaciones multicausales».⁵ El ejemplo extremista de esta posición, sin embargo, propone que el número de causas y condiciones es «infinito», con lo que se contradice la intención de responder a la pregunta al sugerir que no es posible responder de manera finita, o bien al sugerir que «cada caso es diferente», lo que implica que no podemos por el momento construir una teoría general.

La simetría «justificación-explicación»

Al dar respuesta a una pregunta como las que hemos propuesto arriba, lo que estamos haciendo es producir una explicación, esto es, estamos estable-

⁵ Kent V. Flannery, «The cultural evolution of civilizations», en *Annual Review of Ecology and Systematics*, volumen 3, 1972, pp. 399-426.

ciendo generalizaciones que apuntan a las causas que, en las condiciones que establece la teoría, tuvieron como efecto el surgimiento de las clases sociales. Nótese que esta caracterización general de la explicación no implica —o está casada necesariamente con— algún recuento particular de la explicación, aunque es compatible con aquellos que insisten en que las explicaciones requieren enunciados universales de tipo condicional que establezcan relaciones causales. Si se llama a estos enunciados «leyes», «principios nomológicos»⁶, o «principios causales», no es relevante para nuestra presente discusión. Lo interesante es que explicar requiere de dichos principios, sean éstos de corte determinista o probabilístico.

Sin embargo, en lo que quiero centrarme en este trabajo es en un paralelismo que encuentro interesante: me refiero al que se da entre la explicación, resultado de las teorías, y la justificación «epistémica» que ofrecemos para nuestros puntos de vista. Creo que vale la pena examinar de cerca este paralelismo, ya que propongo que puede ser el punto de partida para resolver algunas confusiones en torno a qué constituye una explicación adecuada.

Cuando damos una explicación estamos en cierto sentido ofreciendo razones para apoyar lo que creemos, razones que en particular hacen mención a principios causales. Algo similar sucede cuando alguien nos cuestiona alguna opinión o creencia: ofrecemos una «justificación» que, aunque no necesariamente es siempre causal, tiene el propósito de dar soporte a lo que se pretende saber.

Me refiero aquí, por supuesto, a la justificación en un sentido técnico, tal como se usa el término en epistemología. La justificación, como se recordará, es el tercer componente de la teoría clásica del conocimiento. Esta teoría o «análisis tradicional» del conocimiento propone que el conocimiento es creencia «justificada y verdadera».⁷

Pues bien, propongo que existe un paralelo entre la justificación y la explicación en cuanto a una propiedad común y relevante a nuestros propósitos: la justificación y la explicación pueden conducir a secuencias infinitas de nuevas preguntas y respuestas. Y sostendré que la capacidad de que estas cadenas sean potencialmente infinitas es una característica positiva de las explicaciones y de las justificaciones y no a la inversa, como a veces se ha propuesto.

⁶ Sería el caso de los modelos de Hempel (Karl Henpel, *Aspects of Scientific Explanation and other Essays in the Philosophy of Science*, Free Press, Nueva York, 1965), Salmon y Salmon (Wexley Salmon y Marilee Salomon, «Alternative models of explanation and confirmation in Archaeology», en *Current Anthropology*, volumen 20, pp. 181-184) y otros.

⁷ Manuel Gándara, «El Análisis teórico: aplicaciones al estudio del origen de la complejidad social», en *Boletín de Antropología Americana*, número 25, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 1994, pp. 93-103.

Veamos esto más de cerca. En epistemología suele señalarse que cuando intentamos justificar nuestra creencia en un enunciado, normalmente lo hacemos por referencia a otro enunciado. Y si alguien nos pide ahora que justifiquemos este segundo enunciado, lo típico es hacerlo en función de un tercer enunciado, y así sucesivamente. A esta secuencia de enunciados que justifican unos a otros se le conoce en la literatura como una «cadena ancestral» o «cadena de justificación».⁸

De acuerdo con el falibilismo, que es la teoría de la justificación con la que yo concuerdo, la cadena de justificación es potencialmente infinita. Es decir, no existen puntos privilegiados en donde acabe o se convierta en circular, sino que la racionalidad requiere que quede siempre abierta a la crítica y al avance del conocimiento. Y lo que propondré aquí es que sucede exactamente lo mismo con lo que llamaré la «cadena de explicación», es decir, la relación que se genera cuando una explicación remite a nuevas preguntas que a su vez requieren de nuevas explicaciones y que generan nuevas preguntas. La propuesta es que la racionalidad requiere de que esta cadena quede siempre abierta, y que es esta posibilidad la que permite que el conocimiento crezca.

Pero quizá vale la pena ejemplificar primero la idea de la «cadena de justificación» para entender luego cómo es que creo que la explicación opera de manera similar.⁹

Tomemos por ejemplo cualquier enunciado, de la forma «S propone que P», donde S es un sujeto cualquiera y P es un enunciado o proposición. El ejemplo que normalmente uso es:

e: Sergio propone que Pedro robó el libro

en donde el sujeto S es Sergio y la proposición P es «Pedro robó el libro».

Claramente, podemos preguntarle a Sergio en qué se basa para hacer su acusación, esto es, ¿qué le lleva a pensar eso? Sergio está obligado a dar una «justificación», es decir, las razones que tiene para sostener lo que afirma: de otra manera no puede pretender que realmente «sabe» lo que está diciendo.

⁸ De hecho, es posible clasificar epistemologías a partir de la forma en que éstas proponen se comporta la cadena de justificación (véase Gándara, *op. cit.*, para un tratamiento más detallado). Hay las que proponen que eventualmente esta cadena de enunciados para en un enunciado al que ya no es necesario justificar, dado que es autoevidente (es decir, se justifica a sí mismo); otras que proponen que eventualmente uno de los enunciados regresa hacia un enunciado ya propuesto antes (es decir, la cadena es circular), y finalmente otras que proponen que la cadena puede ser infinita, y que si paramos momentáneamente nuestra secuencia de preguntas es porque, por el momento, no es necesario seguir preguntando, pero si lo fuera, en principio la cadena se continuaría hacia el infinito.

⁹ Para un tratamiento más detallado, véase Gándara, *op. cit.*

De hecho, sería irresponsable decir «creo que Pedro robó el libro», y luego no poder justificar por qué se piensa eso. Diríamos que simplemente «cree» algo y eso no equivale a saberlo.¹⁰

Así, Sergio tendría que justificar el enunciado «Pedro robó el libro». Esta justificación típicamente consiste en acudir a otros enunciados, por ejemplo «Pedro fue el último en salir de la biblioteca, y un momento antes el libro todavía estaba allí». Esto puede conducir a una nueva pregunta: «pero ¿cómo sabes que era Pedro y no otra persona?», a lo que se contestaría con una nueva proposición, y así sucesivamente. Esta secuencia de enunciados o proposiciones es la que llamamos «cadena de justificación». Y desde la posición falibilista, es potencialmente infinita, porque no existen enunciados que se justifiquen a sí mismos, ni es recomendable que la justificación sea circular. Si en la realidad la cadena se detiene, lo hace por una necesidad práctica, porque hemos alcanzado algún tipo de consenso; pero ello no implica que la proposición en la que paramos no sea a su vez potencialmente cuestionable, lo que vuelve a abrir la cadena. En otras palabras, en esta posición el derecho de nuestro interlocutor a volver a preguntar «¿y cómo sabes eso? está garantizado, aunque en muchas situaciones prácticas se llegue a un punto de acuerdo y no se requiera por el momento volver a preguntar.

Dejar abierta la posibilidad de seguir cuestionando, sin embargo, es importante. Pensemos en las alternativas: una sería decir: «porque así es» o «porque es obvio», o «porque así lo dice una autoridad incuestionable». Todas estas respuestas conllevan necesariamente un dogmatismo, o al menos una renuncia a seguir aprendiendo. Otra sería decir «por las razones que antes ya señalé», lo cual no es satisfactorio, dado que si hemos llegado hasta este punto, es porque las razones ofrecidas antes no eran suficientes — por eso fue que seguimos preguntando— así que no nos resuelve nada el asumir que la razón ya se dio antes (como sucede en la justificación coherentista o circular).

En consecuencia, y aunque en la práctica muchas veces este interrogatorio se detiene porque se considera que las razones ofrecidas son suficientes, esta situación es solamente momentánea, y si alguno de los interlocutores quisiera reabrir la polémica —claro, con justificación a su vez para sus dudas— en teoría el diálogo sigue, y el derecho de las partes a cuestionar y justificar se salvaguarda.

¹⁰ Imaginemos una corte hipotética en la que Sergio acusara a Pedro, y ante la pregunta del juez de en qué se basa para acusarlo, Sergio simplemente contestara «no sé», o «nada más eso creo». Su testimonio seguramente sería descalificado.

La explicación

En principio, bajo el análisis tradicional del conocimiento, cualquier proposición debe estar justificada para cumplir con uno de los requisitos del conocimiento. Si esto es así, entonces también las proposiciones de una explicación requieren de justificación. Esta justificación, sin embargo, adquiere un nuevo matiz: además de poder responder a la pregunta epistemológica típica «¿cómo sabes?», la explicación normalmente involucra, como señalamos antes, la especificación de causas, con lo que se produce un segundo tipo de pregunta, ya no epistemológica sino causal. Y el paralelo que me interesa aquí estriba en que siempre es posible preguntar de nuevo «¿y, por qué pasó eso?», en relación con cualquier explicación.

Como indicamos antes, la explicación suele tomar la forma de señalamiento de una relación causal: se detectan o identifican factores que se propone son los relevantes y responsables para el estado de cosas o proceso a explicar. Ello involucra normalmente referencias a variables y a condiciones antecedentes, cuya conjunción hace factible (o al menos probable) la situación a explicar. Pero esta asignación causal está abierta a nuevas preguntas, que a su vez típicamente involucran una nueva identificación de variables y procesos. Y esta cadena es, como la de la justificación, potencialmente infinita.

Precisamente, mi interés en el paralelismo radica en que normalmente se ha pensado que esta capacidad de seguirle preguntando a una teoría «el porqué de sus porqués» es una debilidad de la teoría. Pero creo que es precisamente a la inversa: que la capacidad de generar —y responder— nuevas preguntas dentro del marco de la misma teoría es una indicación de su riqueza.

Ambas cadenas, la de la justificación y la que podemos llamar «cadena explicativa» son resultado de nuestra curiosidad cognoscitiva y son, por lo tanto, no solamente positivas, sino inevitables. Se pueden detener artificialmente sólo mediante alguna forma de dogmatismo o creencia en la revelación; de otra manera, indefectiblemente conducen a la necesidad de nuevas justificaciones y explicaciones, al menos mientras se logra un consenso momentáneo. En el caso de la cadena explicativa, en principio sería también infinita, y si se detuviera, lo haría momentáneamente, porque el grupo de interlocutores consideraría que no hay más que explicar por el momento. Pero ello no significa que se detenga para siempre: lo que observamos en la historia de la ciencia es que tarde o temprano la explicación generará nuevas preguntas explicativas, siendo precisamente éste uno de los motores del desarrollo científico. Nos preguntamos, por ejemplo, por qué caen los objetos; y cuando nos respondemos que por obra de la gravedad, tarde o tem-

prano nos preguntamos por qué es que hay gravedad y qué la produce, lo que a su vez nos lleva a nuevas preguntas. Lejos de ser un defecto de las teorías involucradas, esta capacidad de seguir generando preguntas (y eventualmente, respuestas) constituye, a nuestro juicio, una manera de evaluar su fertilidad. Y propongo que este criterio es aplicable a todas las teorías, incluyendo a las desarrolladas en arqueología sobre problemas como el origen de las clases sociales y el Estado.

Aplicaciones a la arqueología

Esta manera de ver las cosas, sin embargo, no es la típica en nuestra disciplina. Read y Le Blanc, en un artículo considerado por muchos como clásico,¹¹ utilizaron precisamente esta propiedad para insinuar no solamente que ciertas teorías son incompletas, sino que el propio modelo de la explicación mediante leyes cobertoras debía ser rechazado.¹²

El argumento era sencillo. La manera de mostrar la inadecuación del modelo de leyes cobertoras era proporcionando ejemplos de cómo una explicación puede cumplir todos los requisitos señalados por el modelo, y aún así ser «intuitivamente insatisfactoria» por dejar sin resolver los problemas que realmente nos interesaba explicar.

Permítaseme parafrasear uno de sus ejemplos para ilustrar este argumento. El objeto de nuestra curiosidad es un cisne, al que podemos llamar Ducky. Ducky es un cisne blanco, lo que nos lleva a preguntar «¿por qué es blanco Ducky?» La respuesta es que los padres de Ducky eran blancos. Para estos autores, la explicación es insuficiente, dado que realmente no explica «por qué» ese cisne es blanco, lo que ahora conduce a la pregunta y «¿por qué los hijos de cisnes blancos son blancos?», que lleva a la respuesta «porque los hijos de cisnes homocigotos heredan el color de sus padres». Esta respuesta, a su vez, no satisface a Read y Le Blanc, que señalan que lo que realmente nos interesa explicar es el color de los cisnes, asunto sobre el que nuestra teoría no dice nada. Una mejor respuesta sería, imaginamos, el señalar que el color de los cisnes tiene que ver con posibles ventajas adaptativas en algún mo-

¹¹ Dwight Read y Steve Le Blanc, «Descriptive statements, covering laws, and theories in archaeology», en *Current Anthropology*, volumen 20, 1978, pp. 181-184.

¹² Este artículo tuvo un peso importante en su momento, viniendo de quien venía: uno de los popularizadores de la Nueva Arqueología que había defendido el modelo hempeliano de la explicación sostenía ahora que ese modelo era insuficiente y debía ser abandonado. La importancia de ese artículo la señalé desde mi ensayo sobre la Nueva Arqueología, (Manuel Gándara, «La vieja Nueva Arqueología», en Felipe Bate, Manuel Gándara et al., *Teorías, métodos y técnicas en arqueología*, reimpresos del *Boletín de Antropología Americana*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, pp. 149-150), en donde se esboza por primera vez lo que ahora se propone como el concepto de «desplazamiento de *explanandum*».

mento de su evolución, respuesta que quizá Read y Le Blanc encuentren insatisfactoria porque no dice nada al respecto de cómo el color es adaptativo, o por qué tener un color adaptativo es evolutivamente favorable. Ante ello podemos responder que aquellos individuos mejor adaptados a su medio (gracias a sus características fenotípicas, como el color externo) tienen mayor probabilidad de transmitir su información genética a la siguiente generación, lo que hace que ese rasgo se reproduzca diferencialmente, quizá a costa de individuos con otros colores, mientras las condiciones externas no cambien, lo que a su vez es evolutivamente favorable para ese rasgo. Quizá en ese punto Read y Le Blanc se sentirían más «intuitivamente satisfechos».

Lo relevante del ejemplo es que supuestamente cada una de esas explicaciones sucesivas satisface el modelo de las explicaciones mediante leyes cobertoras, pero no satisface nuestros criterios de «explicación adecuada», dado que deja sin responder las preguntas «realmente importantes».

La moraleja pudiera ser: quizá lo primero que hay que hacer es aprender a preguntar correctamente, y entonces interrogar sobre las cuestiones «realmente importantes». Si lo que queríamos saber es «por qué el color puede ser evolutivamente importante», entonces no deberíamos empezar preguntando «¿por qué Ducky es blanco?» Esa es la pregunta equivocada y su respuesta será por definición insatisfactoria para la pregunta original. En efecto, a la pregunta «¿por qué el color es evolutivamente importante?», la respuesta «porque los padres de Ducky son blancos» es no solamente insatisfactoria, sino «irrelevante». Pero el problema no está en el modelo de la explicación, sino en nuestra ineficaz manera de preguntar.

Adicionalmente, me parece que el argumento de Read y Le Blanc ilustra una falacia que los autores no son los únicos en ejemplificar. Es la falacia de acusar de insatisfactoria una respuesta cuando a mitad del argumento cambiamos la pregunta original. A falta de nombre en la literatura, me he permitido bautizarla como «desplazamiento de *explanandum*». Como se recordará, el *explanandum* es el enunciado que describe la situación a explicar y que corresponde a la pregunta explicativa inicial. Así, a la pregunta explicativa «¿por qué Ducky es blanco?», la respuesta es el argumento explicativo, compuesto de un *explanans*, en donde se establecen las causas y condiciones iniciales. En el caso del ejemplo, las condiciones iniciales podrían ser el que Ducky es hijo de cisnes blancos homocigotos; el principio causal sería el que los hijos de cisnes homocigotos heredan el color de sus padres; y de ahí la conclusión o *explanandum*: por lo tanto, «Ducky es un cisne blanco». Como se verá, se trata no solamente de una explicación correcta en

Por ello, para atacarla, se puede intentar señalar que la población no crece, no creció o no puede o no debería crecer. Muchos de los críticos de SPS toman esta ruta (como antes lo hicieron los críticos de Carneiro, cuya teoría¹⁶ es una de las fuentes de SPS). Así, algunos han argumentado que la población nunca crece a un punto tal que pueda causar un desequilibrio, o al menos eso sucede con poblaciones de... levaduras o de... ¡lemmings! Se nos dice que en situaciones experimentales la levadura genera sustancias que frenan su crecimiento cuando llega a un cierto punto, *ergo* la población no debería crecer o al menos no hacerlo al punto en que comprometa al sistema.

Esta primera línea de ataque es la menos interesante, dado que se puede contestar varias cosas, entre ellas que los humanos no son ni levaduras ni lemmings, y que antes de refutar una teoría social con una teoría zoológica el crítico debe mostrar que su intento de reducción es formal y empíricamente válido. Y que si bien nos da gusto a todos que la levadura sea tan demográficamente responsable, parece que en el caso humano no fue así. De hecho es divertido leer a algunos autores que sostienen que la población nunca crece, para en el párrafo siguiente encontrar frases como «en Monte Albán la población se incrementó de manera considerable en el periodo *x*». Por fin, ¿no debería crecer, pero creció?

Pero precisamente como esta primera línea de ataque es poco promisoria, los críticos han recurrido al desplazamiento de *explanandum* para una «refutación» más sólida. El argumento reza más o menos así: SPS proponen (y muestran numerosos mapas y gráficas) que la población creció y que aparentemente eso tiene algo que ver con el origen del Estado, pero en realidad eso no explica por qué creció la población.

Aunque sutil, el desplazamiento de *explanandum* es perfectamente detectable. La teoría se propone responder «¿por qué surgió el Estado en la cuenca de México?» y señala como una de las variables importantes al incremento en la población. Pero esa explicación es ahora insatisfactoria porque la pregunta se ha convertido en «¿por qué creció la población en la cuenca de México?», a lo que la respuesta «la población creció en la cuenca de México» es por supuesto redundante e insatisfactoria.

Primero, hay que señalar que es falso que SPS no intenten responder a esta nueva pregunta, aunque sea de manera muy esquemática. De hecho, proponen un pequeño modelo (que realmente no desarrollan a fondo en el texto) que explicaría por qué creció la población. Pero seguramente este

¹⁶ Robert Carneiro, «A Theory of the Origins of the State», en *Science*, volumen 169, 1970, pp. 733-738.

intento tampoco satisface a los críticos, dado que si se contesta «porque se redujo la mortalidad», ahora se acusará a SPS de no explicar por qué se redujo la mortalidad. De hecho, poniendo el hombro a favor de SPS, yo contestaría que una causa probable es la reducción del infanticidio femenino, lo que, mediante un nuevo desplazamiento de *explanandum* los críticos acusarán de ser una mala explicación, ya que no dice por qué se redujo el infanticidio femenino. A lo que yo podría responder, siguiendo a Binford¹⁷, que probablemente esto fue el resultado de una reducción de la movilidad del grupo, pero de antemano sé que a los críticos esto no los satisfará porque, mediante un nuevo desplazamiento de *explanandum* (con su respectivo cambio de pregunta), ahora cuestionarán, «pero eso no dice nada sobre por qué es que se redujo la movilidad»... y creo que puedo cortar el ejemplo aquí, ya que me imagino que el lector se da una idea suficiente de lo que está pasando, y de cómo los críticos van a poder plantear una nueva pregunta «por qué» a cada una de mis respuestas «porque...».

Lo increíble es que, además de ser falaz, el argumento mediante desplazamiento de *explanandum* se considere como «refutador» o debilitador de una teoría, especialmente cuando, como hemos mostrado para la teoría de SPS, es factible responder a los nuevos retos con otras teorías dentro del mismo marco general de la posición de SPS. Es decir, cada nuevo reto es exitosamente enfrentado (o al menos eso parecería en principio), lo que debería contar «a favor», y no en contra de la teoría.

De hecho, y es aquí en donde el paralelismo entre la cadena de la justificación y la cadena de la explicación son relevantes: creo que precisamente el que la cadena pueda continuar no solamente es una salvaguarda de la racionalidad científica, sino propongo ahora que debe ser considerado como un atributo favorable para la teoría en cuestión, dado que muestra su «fertilidad teórica»: es decir, la capacidad de crecer respondiendo a nuevas preguntas que se derivan de las explicaciones previas, de la misma manera que una justificación que puede ampliarse es preferible a una que dice «simplemente porque sí».

La propuesta

El desplazamiento de *explanandum* se ha usado como una manera falaz de cuestionar una teoría (e incluso al modelo mismo de explicación, como intentaron hacerlo Read y Le Blanc), pretendiendo mostrar que se puede seguir haciendo preguntas de tipo «por qué», lo que supuestamente muestra

¹⁷ Lewis Binford, «Post-Pleistocene Adaptations», en Lewis Binford (editor), *An Archaeological Perspective*, Academic Press, Nueva York, 1972 (1968), pp. 421-449.

deficiencias en la teoría. Yo sugiero que la capacidad de generar nuevas preguntas, y de responderlas en el marco general de la teoría es un punto a favor de ésta, dado que muestra su fertilidad. Y de hecho, propongo que mientras más preguntas pueda generar y responder, más fértil es, y por lo tanto, es preferible a otras teorías en igualdad de circunstancias. De hecho, como se verá, sugiero que la fertilidad explicativa es un criterio útil de evaluación para escoger entre teorías.

Y esto es así porque, típicamente, la cadena explicativa se detiene justo allí en donde hemos decidido que ya no podemos explicar más (o ya no necesitamos explicar más; porque así son las cosas). Esto es, una teoría sería más débil mientras más rápido utilice el recurso de la «ontologización»; o dicho de otra manera, una teoría será más fértil mientras más larga sea su cadena explicativa y mientras más pueda evitar «ontologizar», dándose por vencida en cuanto a su capacidad de explicar.

Veamos un ejemplo más, tomado libremente de la literatura sobre el origen del Estado. Hay quien ha propuesto que el Estado surge como resultado de la necesidad de regular el intercambio a larga distancia, lo que implica, por un lado, generar un excedente precisamente para intercambiar (y con ello la explotación de una clase por otra), y por otro la necesidad de crear mecanismos de administración y control de la producción (el aparato estatal mismo). A la nueva pregunta: «y ¿por qué surge el intercambio a larga distancia?», la respuesta típica es que este intercambio, por lo general de materias primas suntuarias o raras en una región, está destinado a reforzar el estatus de los grupos que controlan el intercambio. Ante la nueva pregunta «y ¿por qué quieren estos grupos reforzar su estatus con productos alóctonos», la respuesta suele ser «porque los productos alóctonos dan prestigio»; a lo que podemos preguntar «y ¿por qué quieren prestigio estos grupos?», a lo que la respuesta suele ser «porque así es el hombre», esto es, así es la naturaleza humana: hay grupos dominantes porque al hombre le gusta dominar y le gusta dominar porque así es el hombre. Este es el clásico recurso a la ontologización. Ahí se acabó cualquier posibilidad de seguir preguntando: no hay nada que contestar ya, así son las cosas.¹⁸

Como he sostenido en otro trabajo, el problema con la ontologización es que inevitablemente implica una posición política y ética en cuanto se

¹⁸ He llamado a este tipo de explicaciones, centradas en el intercambio de bienes suntuarios a larga distancia, «feria de vanidades», porque la única aparente explicación de que circulen materiales como lapizlázuli o jade parece ser la vanidad de los gobernantes en ser los primeros en su manzana en tener el juguete nuevo (y ya que es natural querer ser los primeros en tener el juguete nuevo, no hay nada más que explicar).

refiere a la supuestamente inexpugnable «naturaleza humana». Si la explicación final del surgimiento del Estado es la «natural tendencia del hombre a dominar», entonces no tiene ningún caso intentar mejorar la sociedad dado que, no importa lo que se haga, esta «natural tendencia» aflorará. La revolución, entre otras cosas, no tiene sentido.

Dado que la ontologización es el reconocimiento de la derrota explicativa, y dado que la ontologización ocurre cuando renunciamos a continuar la cadena explicativa, es que he intentado mostrar que mientras más preguntas genere (y conteste) una teoría, mejor será. O, formulado en otros términos:

Principio gandariano: mientras más preguntas puedan contestarse dentro del mismo marco de la teoría (o de la posición teórica), es decir, mientras más pueda evitarse el caer en el recurso a la ontologización, más fértil es la teoría (o la posición teórica).

O, alternativamente:

Principio de fertilidad teórica: una teoría es más fértil que otra mientras más preguntas pueda formular en la cadena explicativa, y estas preguntas sean en principio contestables desde la propia teoría.

Poniendo en juego este principio en relación con la teoría de SPS, ésta sería más fértil que las que sostienen que la población no crece, y que luego apoyan el que no crece porque los organismos impiden que crezca, porque así son las cosas en el mundo natural (sin mencionar, por supuesto, que, muy a pesar de estos autores, la población creció).

Algunas conclusiones

La pregunta epistemológica básica («¿y cómo sabes?») es una pregunta que puede hacerse hasta el infinito, ya que a cada razón que yo doy para reforzar el que sé algo, es legítimo que haya quien quiera una razón para esa razón. Y así sucesivamente, en la cadena de la justificación. Esta apertura permite que el conocimiento crezca a partir de la crítica y el cuestionamiento constantes, por lo que una epistemología en la que la cadena de justificación se considere infinita parece presentar ventajas sobre alternativas que cierran la oportunidad de seguir preguntando; es importante que la cadena de justificación sea infinita, como sugiere el falibilismo.

Mi intención en este trabajo ha sido mostrar que sucede algo similar con la explicación. Cuando logramos contestar a una pregunta tipo «por qué», siempre será posible cuestionar la respuesta y preguntar el porqué del por qué, en una cadena a la que he llamado «cadena explicativa». El que esta cadena sea en principio infinita no es un defecto, sino un resultado normal

de nuestro deseo de seguir aprendiendo. Aunque puede ser utilizado de manera falaz y lesiva, el desplazamiento de *explanandum* sirve para determinar qué tan capaz es una teoría para responder a nuevas preguntas, preguntas derivadas de sus anteriores respuestas.

De la misma manera que con la cadena de la justificación, es importante que la cadena sea potencialmente infinita. Interrumpir de manera prematura la cadena mediante el recurso de «ontologización» es una manera de evitar seguir preguntando y, en consecuencia, de evitar seguir aprendiendo. La cadena debe considerarse siempre abierta al cuestionamiento.

He sugerido que podemos utilizar esta característica para evaluar dos teorías en competencia. El criterio de fertilidad explicativa puede utilizarse para determinar qué tan capaz es una teoría para generar nuevas preguntas, y de responderlas dentro del marco general de la propia teoría o de la posición teórica en su conjunto. La longitud de la cadena explicativa, se propone aquí, es indicativa de la fertilidad teórica: es uno de esos casos en que, mientras más larga, mejor...